

SARMIENTO

Domingo Faustino Sarmiento pertenece a la estirpe de aquéllos que, por el vigor de su genio, el arrebató de su dación generosa y su identificación con el carácter y el destino de la gran patria continental, merecen el calificativo de *Hombres de América*. Son ellos quienes han logrado surgir de la gleba y del pueblo, como si llevaran en sí mismos las notas esenciales del paisaje y del hombre y hubieran recibido la misión trascendental de abrir la trocha, señalar el camino y dirigir en su iniciación la marcha azarosa y decisiva de una multitud aún desorientada, que es como el trabajo de los ríos para abrirse un cauce y discurrir luego a la vera de los campos floridos que brotaron al amor de sus aguas, como si la fecundidad en la paz hubiese de seguir necesariamente a la irrupción violenta, la batalla fragorosa y el triunfo final de los días heroicos y augurales.

Sabemos que en el desenvolvimiento histórico de nuestras comunidades no hay una trayectoria regular ni puede hablarse con propiedad, cuando se trata de aquél, de principio, medio y fin, sino que es la nuestra una tarea constante; que la demanda al esfuerzo paciente y tenaz, a la vigilancia acuciosa y continua y a la decisión inquebrantable de luchar por las ideas que otorgan aliento y dignidad a la vida humana, tiene cada vez más la urgencia del apremio y el poder de un imperativo categórico.

De allí que sea tan profunda nuestra gratitud y tan grande nuestra deuda con hombres como el autor del "Fa-

cundo” que no sólo tuvieron conciencia plena de la angustiosa realidad y del turbulento destino de estos pueblos, sino que dieron luz con su pensamiento y batallaron sin tregua porque, vencida la etapa inicial en que primaban las fuerzas oscuras de la ignorancia, la miseria, la arbitrariedad, el abuso y el desorden, se ascendiera al plano en el cual la cultura, el bienestar, la norma y el respeto mutuo fuesen los caracteres saltantes de la vida colectiva.

Se ha insistido más de una vez acerca del poderoso estímulo que fluye naturalmente de la vida y de la obra de los grandes hombres. Es inevitable que se produzca en ellos algo así como una irradiación de dignidad y de grandeza. Contemplar desde el plano común el desarrollo de una existencia heroica, es sentir que crecen y se expanden dentro del propio ser la admiración, el entusiasmo y la pasión generosa. De este modo, la empresa altruista, la prédica elevada y el servicio a la sociedad, se transforman en fuerza educativa.

Con ser tan lamentables nuestras vicisitudes y tan desconsolador el panorama de nuestros primeros días, como pueblos independientes de España, pocos casos habrá que puedan compararse, en la acumulación de circunstancias adversas, en la injusticia de una sociedad en formación que carecía aún de la conciencia de sí misma y en el poder incontrastable de una personalidad que lucha desesperadamente contra esos obstáculos hasta lograr vencerlos, como el caso desconcertante y enternecedor de Domingo Faustino Sarmiento.

Debería mostrarse a todos los niños de América la vida de aquel niño lejano que en la pequeña ciudad de San Juan asistió a la escuela con decisión ejemplar, hasta el punto de merecer que se lo premiara con la designación de “Primer Ciudadano”; que alterna, luego, su humilde oficio de tendero con la lectura ardorosa de los más variados libros y que lleva dentro de sí un mundo de belleza aún no expresada y de propósitos de mejoramiento humano que opone, en cierto modo,

al vasto mundo de la realidad circundante en el que se perfilan apenas los rasgos nacientes de la nacionalidad futura.

Debería mostrarse a los adolescentes y los jóvenes de América la vida de aquel joven lejano que asumió plenamente su responsabilidad como miembro de una comunidad familiar y de una comunidad nacional, sin desdeñar oficios, eludir riesgos ni renunciar a la misión que era como una flor de su personalidad y la razón de su existencia misma.

Debería mostrarse a todos los hombres el ejemplo patético de aquel esforzado combatiente que sigue viviendo aún entre nosotros y que recorrió sin quejas ni desmayos la variada gama que va desde la sacrificada labor de maestro de escuela en una ignorada aldea de los Andes hasta el brillante papel de diplomático y de escritor insigne, desde el humilde oficio de capataz de un centro minero hasta la elevada función de Presidente de la República Argentina.

Se diría que en estas tierras, en que lo decisivo es el proceso de desarrollo y formación que se está operando con el concurso de los más variados factores y al golpe incesante y cada vez más enérgico y repetido de las necesidades y los anhelos que hay que satisfacer y de los ideales que hay que cumplir; que en este continente, en que el refinamiento cultural apenas se insinúa porque es obra lenta y profunda que requiere para su total cumplimiento el repetido paso de los siglos; que aquí, por último, donde el mandato más imperioso es de afirmar la propia personalidad y poner los cimientos de una sociedad nueva de acuerdo con sus caracteres más destacados y con las exigencias de la época en que vivimos, es preciso reconocer que tiene la más grande virtualidad el apotegma de Goethe en "El Fausto", para quien en el principio no era el verbo sino la acción, y que tiene en Sarmiento una lejana y pragmática resonancia cuando repetía que "las cosas *hay que hacerlas*, aunque sea mal, pero hay que hacerlas."

Sarmiento es, en suma, el ejemplo viviente de la exaltación idealista, de la lucha sin tregua, de la ofrenda total y de

la acción denodada y constante que opone la civilización a la barbarie.

Para la transformación del mundo en que vivía, según la figura ideal con que soñaba, creía fervorosamente en la eficacia de dos instrumentos esenciales: la educación y el trabajo. Por la primera esperaba hacer mejores a los hombres; por la segunda, estaba seguro de que ellos podrían obtener para sí los dones de la naturaleza que la inteligencia y el esfuerzo son capaces de convertir en bienestar y en regalo. Asoció con acierto indiscutible la política y la educación, puesto que aquella por sí sola realiza su obra en la superficie y es incapaz de llegar a las capas profundas de la comunidad humana, en tanto que la última se dirige a la médula misma del ser y deja en él una huella imborrable. "Gobernar es educar" era uno de sus lemas, que es como si dijese que para dirigir a la sociedad hacia la consecución de sus más legítimos y elevados fines debe llegarse antes a la conciencia individual y prender la raíz de las ideas esenciales y el germen de la obra por hacer, en lo íntimo de cada uno de los hombres.

Tenía Sarmiento la arrebatada exaltación del Quijote, el apasionado amor por la naturaleza y el sentimiento desbordante que llevaron dentro de sí Juan Jacobo Rousseau y Miguel de Unamuno. En sus intuiciones geniales, en el *demonio interior* que inquietaba a Sócrates, en la actitud del polemista, en la actividad sin desmayos que alternó la pluma con la lanza y la lanza con la azada, en el maridaje fecundo de poesía y de prosa, de ensueño y de realidad, se reconoce inmediatamente al hombre que adviene para contarse entre los constructores de una sociedad nueva y permanecer, luego, en la escena de la Historia como el arquetipo del luchador y del maestro de América.

EMILIO BARRANTES

José Gálvez 1129, Miraflores, Lima, Perú